



INFIELES EN EL SIGLO 20



Pablo Vázquez S. I.

«*Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura*» (Mc 16¹⁵). Es un mandato: «predicad»; con destino universal: «a toda criatura». Luego Cristo quiere hacer llegar su mensaje y acción salvadoras a todos los hombres.

Es el dogma infalible quien lo asegura: «*el cual*» (Dios) quiere que todos los hombres sean salvos» (1 Tim 2⁴). Y de tal manera lo quiere que «*aun a su propio Hijo no perdonó*» (Rom 8³²) con tal de rescatarnos para la Vida.

Ni la más mínima sombra de duda podrá oscurecer esta clara voluntad salvífica del Creador.

Pues si esto es así, ¿cómo es posible que el Padre que viste los lirios del campo y alimenta las aves del cielo (Mt 6²⁸), a cuya Providencia no escapa la caída de un sólo cabello de nuestra cabeza, el Omnipotente, el Misericordioso... haya concedido éxito tan escaso a la empresa redentora del Hijo amado?

Japón, India, Africa, China... parecen pregonar este aparente fracaso de la Redención.

¿Será quizás pura metáfora decir que una

gota de sangre divina hubiera bastado para salvar al género humano?

Si no es falta de poder, ni de sabiduría, ni siquiera de voluntad por parte de Dios ¿qué explicación daremos al hecho consumado de un paganismo en pleno siglo XX? ¿Cómo responder al interrogante que cada uno de esos 1.300 millones de hombres lleva grabado a fuego en sus frentes desnudas de fe?

El «misterio» sale al paso de nuestro vivir gris, cotidiano, intrascendente, invitándonos a la reflexión. Ante su rostro enigmático, el indiferente se encoge de hombros; el judío sigue esperando al Mesías imposible; el ateo repite el sarcástico insulto del Calvario: «*¡descienda ahora de la Cruz para que veamos y creamos!*» (Mc 15³²).

Creo para entender

Erguida como una aurora, la luz de la fe, esencialmente teñida por la penumbra, tremola un pensamiento turgesciente de Verdad que difunde íntimo sosiego en el creyente: «*¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios y cuán insondables sus caminos!*» (Rom 11³³).

Esta debe ser nuestra primera actitud ante la incógnita por resolver. No se trata por ahora de dar una respuesta definitiva que zanje el problema sin resolverlo, sino de una simple toma de posiciones.

Equilibrio inestable

Lo dejó estampado magistralmente S. Agustín en una típica frase, escultural, pletórica de sentido, ceñida con el ropaje latino que no nos resistimos a conservar: «Qui fecit te sine te, non salvabit te sine te». «El que te creó sin ti, no te salvará sin ti». Es, en última instancia, problema de *libertad*. Quiere Dios salvarnos, es verdad, y su voluntad es seria, eficaz, pero *no absoluta*, sino condicionada a nuestra libre aceptación: «*si quieres ser perfecto...*» (Mt 19²¹), «*si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos...*» (Mt 19¹⁷).

«*Hágase la luz* —dijo el Señor absolutamente— *y la luz* —criatura irracional— *fue hecha*» (Gen 1³).

«*Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre...?*» (Mt 26⁵⁰) ...y Judas consume su crimen, desespera y... ¡terrible poder el de nuestra libertad!

Más de mil millones de hombres caminan por las rutas extraviadas del sintoísmo, el fetiche y la estrella hacia un Nirvana quimérico, extraño, imposible. Ni uno solo de ellos puede ser forzado a la fe, ni a la esperanza, ni a la caridad. Sin fe no hay salvación: «*el que creyere y se bautizare se salvará; el que no creyere se condenará*» (Mc 16¹⁶). Sin caridad para nada sirve la fe: «*y si tuviere toda la fe hasta trasladar montañas, mas no tuviere caridad nada soy*» (1 Cor 13²). ¿Qué suerte cabrá entonces a nuestros hermanos del paganismo sin fe, sin caridad...?

Responde la Teología dogmática disipando cualquier posible bruma: todo hombre «*tendrá su tiempo favorable, su día de salud*» (2 Cor 6²); la Providencia divina no abandona a nadie. Llegará si es preciso a la revelación interior a fin de tender una mano al hombre de buena voluntad. Ni podría ser de otra manera siendo nosotros hijos y El, Padre.

Ahora bien, si cada hombre es libre para aceptar o no la mano que el Salvador ofrece (por la predicación ordinaria o de otro cual-

quier modo extraordinario) y yo no puedo influir en esa libertad, el diálogo habría terminado.

Mi trozo de responsabilidad

Lo que el alma es al cuerpo, es la gracia al alma: su vida. Sin gracia de Dios: cadáveres ambulantes. Con ella: sarmientos rozagantes injertados en el Gran Viviente; «*Yo soy la vid, vosotros los sarmientos*» (Jn 15⁵): vivimos vida verdaderamente divina.

Al individuo por cuyas venas no corre esta savia espiritual, al pecador que la perdió o al no bautizado que jamás la tuvo, *le es absolutamente imposible* adquirirla *por sus propias fuerzas*: «*nadie puede decir Jesús es el Señor, sino en el Espíritu Santo*» (1 Cor 12³). Es más hacadero resucitar a un muerto que inyectar vida divina en un pecador.

Se necesita la llamada del Señor, la *gracia actual*: luz en el entendimiento, fuerza en la voluntad. «*Sin mí nada podéis hacer*» (Jn 15⁵) no *poco* —comenta San Agustín— sino NADA, absolutamente nada (!). Con todo, a ningún alma niega Nuestro Señor las gracias actuales suficientes para salvarse.

Bajo este chorro de luz dogmática coloquemos ahora nuestro interrogante que se concreta en un punto: ¿podemos de algún modo *provocar* esas gracias actuales *eficaces* sin las que se hace imposible la salvación eterna?

Tradición, Escritura, Santos Padres, Magisterio infalible de la Iglesia responden afirmativamente.

Soy cristiano. —¿Y qué quiere decir cristiano?

—Hombre que tiene la fe de Cristo. Pues la fe de Cristo, la misma que me ofrece el misterio de la Santísima Trinidad, presencia de Cristo bajo las especies eucarísticas, de la concepción inmaculada de María, esa misma me asegura que *yo puedo influir eficazmente* en el proceso regenerador de mis contemporáneos.

Oigamos a San Pablo: «*Ante todo te ruego* —escribe a su discípulo Timoteo que gobernaba la Iglesia de Efeso— *que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por TODOS los hombres...* Esto es

(1) Tractatus in Ioan. 81, n. 3, ML. 35, 1841.

bueno y grato ante Dios, nuestro Salvador, el cual quiere que TODOS los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de TODOS». (1 Tim 2¹⁻⁶).

De la voluntad que tiene Dios de salvar a los hombres, deduce el Apóstol nuestra obligación de rogar porque esta voluntad se cumpla. Luego la salud del mundo depende de nuestras oraciones.

Pensamiento que encontraremos sintetizado en Santo Tomás, al decir que «el Señor ha determinado desde la eternidad darnos las gracias que nos haya de dar, no por otro medio sino por la oración» (2). Y lo confirma con la autoridad de San Gregorio en sus «Diálogos» (3).

Ha querido el Señor concedernos a los hombres el honor de contribuir con Él a la tarea de la salvación universal. Cada cristiano es «ministro y dispensador» de los misterios de Dios, de su gracia, de los frutos ya conseguidos por Cristo.

Sin embarcar, pues, para China, sin ser sacerdote, aunque esté ocupado, a pesar de mi falta de recursos y habilidades, mientras tenga cuerpo puedo sufrir, mientras tenga corazón puedo pedir. Y sufriendo y pidiendo es como ora el fiel. «Levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes», dice el catecismo que es orar. Acto de la voluntad por el que expreso un deseo y expongo una necesidad al Remediador del universo: «no tienen vino» (Jn. 2⁹); «Señor, mira, el que amas está enfermo» (Jn 11³); «perdónales, porque no saben qué hacen» (Lc 23³⁴). La Virgen, el hombre y Cristo oran igual.

No es crisis de petróleo, ni de gobernantes, ni siquiera de sabios la que hoy aqueja a la Humanidad. Ni la energía atómica, ni la ONU salvarán al mundo. Pero tampoco la escuela, ni la Universidad, ni siquiera la misión, aunque la fe viene del oír, y el oír por la palabra de Cristo» (Rom 10¹⁷). ES CRISIS DE ORACION. Si en 1955 existen todavía paganos, es porque nuestros abuelos oraron poco.

Siempre será verdad la rotunda afirmación

del gran teólogo del Apostolado de la Oración, P. Ramière S.I.: «SI LAS ORACIONES FUERAN MAS, LOS QUE SE PIERDEN SERIAN MENOS».

Quiere Dios salvarnos, pero hemos de querer también nosotros. Si la dicha está ausente de un sin fin de hogares, es porque faltan oraciones vivientes que unifiquen estas dos voluntades. La oración es la única fuerza aglutinante del querer divino y la libertad humana.

Fue la oración virginal de la Señora quien nos trajo al Salvador. No bajó el Espíritu Santo a renovar la faz de la tierra, hasta que un puñado de hombres perseveró en la oración con la Madre de Jesús (Act 1¹⁴).

«Pedid y se os dará» —dice Cristo— (Lc 11⁹); «luego el que no pide —concluye San Alfonso de Liguorio— no recibe» (4), y en otra parte de esta misma obra escribe: «Si no nos salvamos toda la culpa de ello será nuestra y sólo por nosotros quedará el no habernos salvado, pues será porque no hemos orado» (5).

«Por la fe, la esperanza y la caridad, estamos siempre en oración continua» — afirma San Agustín (6). Luego el horizonte está abierto a las 24 horas del día; no lo estrechemos al «rato de iglesia».

El cristiano ha de polarizar su vida sobre un altar perpetuamente vivo y siempre muriente: el Corazón de Cristo. Con Él, por Él y en Él somos «redentores», y esto de gracia «para que no se glorie mortal alguno en el acatamiento de Dios» (1 Cor 1²⁹).

«Nosotros nos dedicaremos a la ORACION» (Act 6⁴), dijeron los Apóstoles. Es el GRAN QUEHACER de cada cristiano desde la cátedra, tras el mostrador, en los pupitres, por las calles, sobre «la Botánica» o en la mina, navegando, recreándose, y hasta durmiendo. Oración y sacrificio nuestros valen poco: injertados en Cristo «siempre viviente para interceder por nosotros» (Heb 7²⁵), víctima de todos los minutos, son capaces de llevar la sonrisa interior a miles de almas arrugadas por la vida, enjutas a causa del pecado. ¡Creo en la COMUNION DE LOS SANTOS!

(2) 2.^a 2ae., q. 83, a. 2. in c.

(3) Diál. lib. 1, c. 8.

(4) «Del gran medio de la oración», p. 1, c. 1.

(5) Id. p. 1, c. 2.

(6) Ep. 121, c. 1.